
A VUELTAS CON LOS «TERREMOTOS» DEMOGRÁFICOS EN ESPAÑA*

Miguel Beltrán Villalva

Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN

Los cambios que en el último cuarto de siglo han tenido lugar en la dimensión demográfica de la estructura social española son calificados aquí de «terremotos» para expresar su intensidad y rapidez, y muchas veces su turbulencia. Desde el fuerte descenso de la natalidad hasta el crecimiento de los activos en el sector terciario, los datos poblacionales relevantes para el conjunto del sistema social español han terminado por acomodarse, con cierta brusquedad, a las pautas demográficas europeas.

Las dimensiones demográfica, económica, cultural y política constitutivas de la estructura social y que le sirven de fundamento se articulan a lo largo del tiempo en un sistema de relaciones de mutua dependencia en el que no es fácil decir qué es causa (o efecto) de qué en cada momento del tiempo. Pero aunque no sea fácil la descripción, y menos la explicación, de los procesos aludidos, sí que se puede estar seguro de que ciertos cambios demográficos (por no hablar ahora de los culturales, económicos o políticos) han de provocar determinadas

* En el año 1992 publiqué en el libro homenaje en recuerdo de Luis Rodríguez Zúñiga unas páginas que llevaban el título de «Terremotos en los cimientos de la estructura social española», que me propongo revisar y actualizar aquí: quiero que también ahora esta nueva versión se publique en su memoria. Y agradezco a Antonio Izquierdo, Carlos Prieto, Luis Enrique Alonso y Gerardo Meil sus comentarios, que he procurado recoger.

consecuencias en la estructura social, tanto mayores cuanto más intensos sean aquéllos. Estas consideraciones, manifiestamente triviales, se tornan inquietantes cuando se cae en la cuenta de que en los años de fin de un siglo y comienzo de otro están teniendo lugar cambios muy grandes y muy rápidos en las dimensiones básicas de la estructura social española, afectando a variables cuyos valores son, en general, escasamente propensos a las turbulencias, pues sus variaciones suelen ser «de onda larga». Y, sin embargo, ahora cambian mucho y en poco tiempo. Tanto, que en ocasión anterior di en llamar «terremotos» a tales cambios, buscando en la metáfora geológica la sugerencia de que se trata de fenómenos gigantescos y fuera de control. Y sugerí que debían ser unos «terremotos» bastante peculiares, ya que suceden literalmente bajo nuestros pies y, no obstante, no parece que nos impresione demasiado el movimiento del suelo¹.

No me refiero, desde luego, a nada misterioso, sino a cosas bien conocidas por cualquier lector habitual de periódicos, no digamos ya por quienes tengan alguna relación con las ciencias sociales: se trata de lo que viene sucediendo a la natalidad y a la mortalidad, a la distribución por edades, al número de ocupados y parados, al volumen de jubilados, estudiantes y amas de casa, y a la distribución de la población activa por sectores de actividad, por no hablar del crecimiento de la inmigración, aunque su moderado volumen al comienzo del 2000 (un millón largo; vid. Puyol, 2001: 26 ss.) no permita aún considerarlo un fenómeno turbulento, si bien pudiera quizás valorarse así su incremento del 74 por 100 desde 1994 a 1999. Y, como intentaré hacer ver, los fenómenos que voy a subrayar tienen una extraordinaria importancia, pues están alterando pautas duraderas de una manera que hay que calificar de vertiginosa, aunque no siempre seamos conscientes de ello. Todo ese conjunto de cambios cobra especial relieve si los fenómenos en cuestión se consideran conjuntamente, que es lo que quiero hacer aquí, y no será difícil convencerse de que van a ser decisivos para los modos de producción material de la vida, para la dinámica de la desigualdad, para el conflicto y la integración social, para los valores, las normas y los símbolos, para la política y para los movimientos sociales. Aunque he de confesar que la relación entre estos «terremotos» y los planos de la vida social a que acabo de hacer referencia me parece con frecuencia oscura y de poco fácil predicción.

Los fenómenos de los que voy a tratar tienen lugar a partir, más o menos, de 1975, y su rasgo quizás más sorprendente es, a mi juicio, que ocurren precisamente al final de un período *revolucionario* (el de la transición demográfica), cuyo final puede situarse hacia 1980. Dice, en efecto, Joaquín Arango que la modificación de las estructuras demográficas en la España del siglo XX permite utilizar

¹ No soy el único que enfatiza dichos cambios: Cabré, Domingo y Menacho, por ejemplo, hablan de «batir récords mundiales» (en baja fecundidad y alta esperanza de vida), de una «fabulosa transformación» (en la mortalidad y en la fecundidad), de «un horizonte completamente distinto» para el siglo XXI, y de la «impresionante fractura» que representa el declive en el número de nacimientos acaecidos desde 1976 (cf. 2002: 121-124).

una palabra de la que a veces se abusa en demasía: revolución. Si por revolución se entiende un cambio radical en un período relativamente breve, puede decirse que una revolución demográfica ha tenido lugar en la España del siglo XX. En efecto, en apenas 80 años la población española ha pasado de ser una población casi de Antiguo Régimen a ser una plenamente moderna (1987: 201).

De todas formas, los estudiosos de estos procesos parecen sentirse incómodos con calificativos tan rotundos como «revolución» (o, para el caso, «terremotos»), lo que lleva al propio Arango una página más adelante a suavizar el término y convertirlo en *evolución*: aunque la población española haya sufrido entre 1900 y 1980 «una transformación sin precedentes, inusitada en su historia, y en un período relativamente breve», le parece a nuestro autor más útil «señalar que se ha tratado de una transformación muy gradual y moderada, carente de espectacularidad. En otras palabras, ha sido una evolución bastante normal» (1987: 202).

Pues bien, no seré yo quien se empeñe en discutir aquí sobre palabras, sobre si los cambios demográficos en cuestión se califican mejor como «revolución» o como «evolución», términos ambos utilizables, como hemos visto, indistintamente. Por mi parte prefiero referirme, insisto, no a las transformaciones que tuvieron lugar en los primeros ochenta años del siglo, sino a las de los últimos veinte o veinticinco, que siguen a la revolución (o evolución, si se prefiere) que ha llevado la población española a la modernidad. Sorprendente, asombroso fenómeno que, en mi opinión, no requiere tanto ser descrito, sino que se señale su extrema peculiaridad, se expliquen sus causas, y se exploren sus consecuencias. Y, desde luego, estas páginas no van más allá de señalar lo que es conocido, y de sugerir que se trata de algo muy notable.

A) LA CAÍDA DE LA NATALIDAD

El primer fenómeno extraordinario que, en mi opinión, salta a la vista es la tozuda continuidad en el descenso secular de la natalidad, que no se detiene cuando hacia 1980 puede considerarse completada la transición demográfica: su tasa bruta (nacidos por mil habitantes), redondeada a números enteros por decenios, era de 20 en 1970, había bajado a 15 en 1980, era de poco más de 10 en 1990 y, tras caer hasta el 9,2 en 1996 y acusar un ligero repunte desde 1999, se sitúa prácticamente en 10 en el año 2001. Hemos estado, pues, varios años por debajo de la media europea (diez nacimientos por cada mil habitantes), y ahora coincidimos más o menos con ella. Aunque la natalidad venía descendiendo ininterrumpidamente en España desde hace más de un siglo (salvo en algunos años del decenio 1956-1965, por más que tales incrementos fuesen más aparentes que reales al reflejar la salida masiva de emigrantes que tuvo lugar en aquellos años, y que redujo la base para el cálculo de la proporción), desde 1977 baja llamativamente (hasta el punto de que quienes manejan

tales datos hablan de «brusca caída», de que la tasa en cuestión «se precipita», experimenta una «espectacular disminución», se produce una «desnatalidad», etcétera). La natalidad española se ha situado al final del siglo XX en una pauta europea, inferior a la de Francia (por poner un ejemplo significativo) y análoga a la de Italia, hasta el punto de que la tasa de fecundidad total (que calcula la media de hijos por mujer a lo largo de su vida si se mantuviesen las tasas de fecundidad específicas por edad de un momento determinado) para 1991 fue la más baja del mundo, y en el año 2000 se cuenta entre las de varios países que ocupan el tercer lugar empezando por la cola con 1,2 hijos (todo ello según el *Population Reference Bureau*).

Es, sin duda, extraordinario que un país como España, en el nivel relativamente menos desarrollado del contexto europeo, con un fuerte peso social de la Iglesia católica, y con una natalidad tradicionalmente más alta que la de sus vecinos del norte (aunque sólo fuese por el retraso de su transición demográfica), se sitúe ahora en la cola de la menor natalidad continental (y del mundo). Y resulta fascinante que si el descenso de la natalidad española ha sido un proceso secular, su intensificación se produzca precisamente a partir de 1976 (con la excepción de 1999, año en el que aumentó algo, apuntando a un cambio que parece confirmarse en los años 2000 y 2001). En resumidas cuentas: en veinticinco años (que comienzan, más o menos, con el impacto de la crisis económica y el final del franquismo, y concluyen hacia el final del siglo con una etapa de prosperidad económica y una democracia consolidada) se ha ido más allá del cierre del ciclo de la transición demográfica, pasando de una pauta que podríamos llamar «europea» a otra exageradamente europea. No es caso de discutir aquí qué factores puedan haber influido de manera más o menos directa en un proceso tan grande y tan rápido (la natalidad se redujo *a la mitad en sólo veinte años*): bástenos con registrarlos, de suerte que no ignoremos que lo que está sucediendo o, al menos, ha sucedido, es excepcional.

La curva que representa la evolución de la tasa bruta de natalidad a lo largo del siglo muestra, salvo una inflexión al alza alrededor de 1960, un descenso sistemático desde los 35 nacimientos por mil habitantes de 1900 a los 10 del año 2001. De todas formas, y como la serie de la tasa bruta de natalidad no refleja mecánicamente la variación absoluta en el número total de nacimientos habidos, véanse ambas variables presentadas decenalmente a lo largo del siglo XX (tabla 1).

Aunque la presentación decenal de los datos suaviza los cambios anuales, en la tabla se percibe que lo excepcional no es, pues, la caída posterior a 1976, que prolonga y acentúa la pauta secular, sino la episódica elevación de la natalidad en varios años de la década del desarrollo, alcanzándose el máximo *baby boom* en 1964 con 698.000 nacimientos, cifra sólo superada en 1903: si ignorásemos tal inflexión, la continuidad ininterrumpida del descenso de la tasa a lo largo de todo el siglo sería manifiesta; véase gráficamente lo que digo (cuadro 1).

Y lo que me parece más que notable es que, concluida la transición demográfica hacia 1980, la tasa bruta de natalidad no se estabiliza, sino que continúa su caída hasta 1999 (con un pequeñísimo repunte en 1997): se diría que

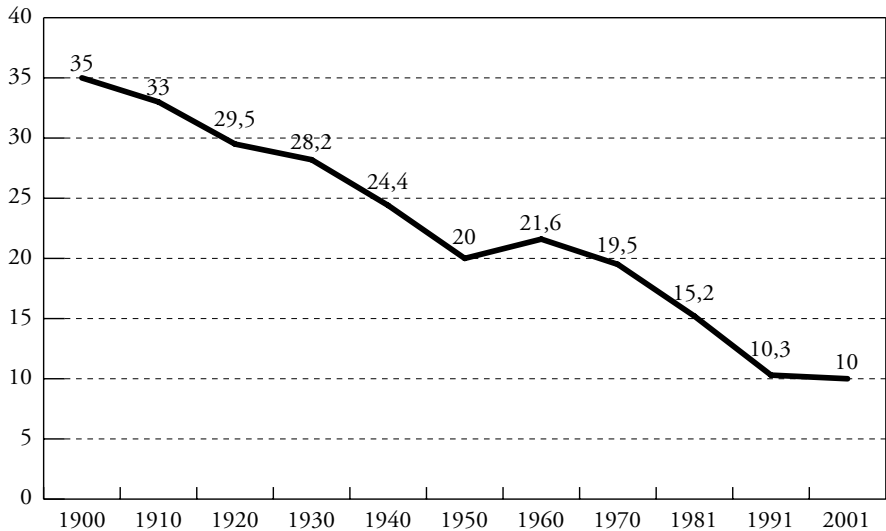
TABLA 1

Nacimientos por decenios del siglo XX en España

<i>Decenios</i>	<i>Nacimientos (miles)</i>	<i>Tasa bruta de natalidad</i>
1901-1910.....	6.713	34,77
1911-1920.....	6.253	30,22
1921-1930.....	6.639	29,46
1931-1940.....	6.028	24,26
1941-1950.....	5.856	21,64
1951-1960.....	6.153	20,96
1961-1970.....	6.707	20,78
1971-1980.....	6.608	18,43
1981-1990.....	4.535	11,75
1991-2000.....	3.318	8,30

FUENTE: Adaptada de Cabré *et al.* (2002: 125).

CUADRO 1

Tasa bruta de natalidad (1900-2001)

una suerte de inercia en el descenso de la natalidad ha continuado presionándola a la baja hasta el final del siglo XX. Pues bien, sea de ello lo que fuere, lo cierto es que no cabe restar importancia al fenómeno, y menos ignorarlo.

Está claro que lo anterior no pone en cuestión la opinión compartida por demógrafos y sociólogos, que consideran la transición demográfica concluida a comienzos de los años ochenta, cuando se alcanzó una baja tasa bruta de mortalidad, y la tasa de fecundidad total se situó justamente en el valor de reemplazo (media de 2,1 hijos por mujer, logrado por última vez en 1980): se había completado, pues, en esos momentos un largo trayecto, caracterizado por su moderación y gradualidad, como dice Meil (1999: 31). Pues bien, lo que sucede a partir de 1976 contrasta llamativamente con ese *tempo* moderado y gradual: concluida, en efecto, la transición demográfica, la natalidad ha continuado bajando con mucha fuerza, y ha hecho caer la tasa de fecundidad total en poquísimos tiempo muy por debajo del valor de reemplazo; la media para el año 2000 fue de 1,23 hijos por mujer, como he indicado más arriba, pero había llegado a caer al 1,16 en 1998.

B) LA BAJA Y CRECIENTE MORTALIDAD

El caso de la mortalidad se presenta casi tan llamativo como el de la natalidad. Es verdad que su tasa bruta no ha hecho sino disminuir desde principios de siglo (con las oscilaciones bélicas y epidémicas que son del caso), pero ha de destacarse que con 8,9 defunciones por mil habitantes en el año 2001 exhibimos una mortalidad de las más bajas del continente, como las de Francia y Austria, y por debajo de Portugal, Italia, Alemania, Reino Unido o Suecia. Esto podría parecer a primera vista un logro extraordinario de la sanidad y la higiene españolas (y así sería si se tomara sólo en cuenta el sistemático y feliz descenso de la mortalidad infantil, que en cien años ha pasado del 200 por mil al 5 por mil), pero no está tan claro cuando se ve que países como Venezuela o Jordania tienen tasas de mortalidad inferiores a la española. Lo que sucede, como es bien sabido, es que cuando es mayor la proporción de ancianos en una población es mayor la tasa de mortalidad. En España está aumentando, ciertamente deprisa, tal proporción (tanto porque hay más ancianos y son más longevos como porque hay menos nacimientos), con lo que está creciendo la todavía muy baja tasa de mortalidad (que en 1982 había llegado a su mínimo con el 7,44 por mil, y que en 1991 estaba en poco más del 8,5 por mil).

Una última indicación acerca de estos grandes y básicos fenómenos: la diferencia entre las actuales tasas de natalidad y mortalidad que han sido indicadas ofrece un crecimiento vegetativo para la sociedad española de menos de un uno por mil para el año 2000 (para el *Population Reference Bureau* habría un crecimiento cero). Con casi un siglo de retraso respecto de los países más avanzados, el crecimiento vegetativo de la población española ha confirmado claramente, e incluso de forma un tanto abrupta, la apertura de un nuevo escenario demográfico, encontrándose ahora en una fase de baja natalidad, baja mortalidad y crecimiento muy lento. Tan sólo la inmigración (acompañada seguramente de un cierto número de retornos) y los hijos de los inmigrantes

han permitido que la población española supere en el año 2000 los cuarenta millones (INE), inmigración cuyo posible desarrollo fue previsto por Linz hace veinte años (cf. Linz, 1984: 76-77). Insisto en todo ello para poder subrayar la extrema importancia que reviste este conjunto de hechos, en la medida en que anulan en un aspecto fundamental de la estructura social la distancia demográfica que hasta hace unos veinte años existía entre la sociedad española y las de nuestros vecinos europeos más avanzados.

C) VIEJOS Y JÓVENES

Y va de suyo que califico también de «terremoto» demográfico al proceso de envejecimiento al que acabo de referirme: las personas de 65 y más años suponían en 1960 muy poco más del 8 por 100 de la población española, porcentaje que en 2001 se ha situado ya casi en el 17 por 100: una duplicación como ésta en tan poco tiempo es ciertamente extraordinaria. Para el 2002 estamos, según proyección del INE, en algo más del 17 por 100, porcentaje superior a la media de los países del sur y el occidente europeos, situada en el 16 por 100 según el *Population Reference Bureau*. Por su parte, el peso relativo de los menores de 15 años se sitúa actualmente en el 15 por 100 (la tasa más baja del mundo, con la excepción de Italia, que tiene el 14 por 100), y se ha reducido casi a la mitad desde 1950, lo que no es tampoco pequeño «terremoto». Véanse los datos:

TABLA 2

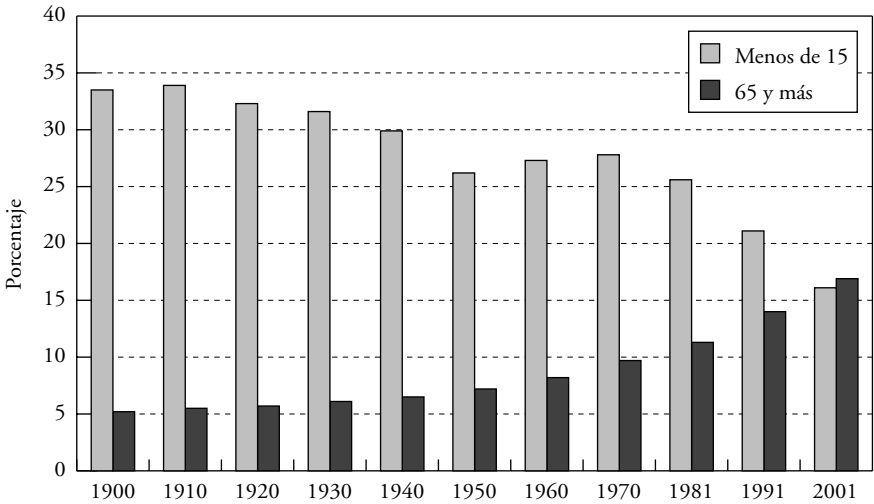
Porcentajes de jóvenes y viejos en la población española

<i>Edad</i>	<i>1900</i>	<i>1950</i>	<i>2000</i>
0-14 años	34	27	15
65 y más años	5	8	17

FUENTES: INE (1900 y 1950) y *Population Reference Bureau* (2000).

Creo que, en este caso, las cifras hablan por sí solas: los cambios entre 1900 y 1950, con ser importantes (los jóvenes bajan de un tercio a un cuarto de la población, el porcentaje de viejos crece más de la mitad), no son nada en comparación con los de la segunda parte del siglo: los jóvenes ven reducido su peso casi en el 50 por 100, y los viejos más que duplican el suyo, ¡y sólo en cincuenta años! Véase la expresión gráfica de tan notable fenómeno:

CUADRO 2

Proporción de jóvenes y viejos

No hay que insistir en que este proceso de gradual «envejecimiento» de la población (esto es, de aumento de la proporción de mayores de 65 años), que expresa con toda claridad la incorporación de España a la pauta demográfica moderna, nos incorpora también a los problemas sociales derivados de la misma. En efecto, el que la proporción de ancianos crezca lenta y firmemente (no sólo porque se incremente su número absoluto gracias al aumento de la esperanza de vida, sino porque el número de jóvenes disminuye con la caída de la natalidad, con lo que la pirámide de población es cada vez menos piramidal y más rectangular) origina los conocidos y serios problemas que una inadecuada relación de dependencia plantea para el bienestar social y para su financiación. No obstante, permítaseme decir que una sociedad en la que mueren pocos niños, jóvenes y adultos, esto es, en la que la inmensa mayoría de la gente fallece a edad longeva (y España tiene actualmente la misma esperanza de vida al nacer que la de los países más avanzados de la Unión Europea, 78 años, superándola sólo Italia y Francia con 79 años), esa sociedad, digo, me parece algo muy deseable, un gran logro social. Esta situación se contempla a veces con una mirada un tanto pesimista, en el sentido de deplorar la «sociedad de viejos» y sus costos financieros: como no comparto en modo alguno tal lamento (quizás por ser yo viejo), me he permitido calificar a dicho futuro como deseable, aun cuando haya que hacer la anotación, ésta desde luego fúnebre, de que la tasa de mortalidad crecerá según vaya aumentando el «envejecimiento» de la población.

D) LA POBLACIÓN ACTIVA: OCUPADOS Y PARADOS

Una anotación previa: la edad legal de acceso al mercado de trabajo es la de 16 años (al final de la escolarización obligatoria), pero la edad media de entrada en actividad es más alta que la legal, y se sigue elevando como consecuencia del aumento de la escolarización en las etapas no obligatorias del sistema educativo y por aumento de la duración media de los estudios. Y como la edad media de salida de la actividad económica se ha ido adelantando, de modo que son actualmente muy escasos los ocupados con más de 65 años, ha coincidido así un aumento de la duración media de la vida con un acortamiento de la duración media de la vida activa, en la que se entra más tarde y se sale antes. El conjunto de estos fenómenos demográficos, legales y sociales impone una cierta limitación al crecimiento de la población activa, lo que explica que entre los años 1970 y 1985 la proporción de activos e inactivos en la población española de 16 y más años, aun sufriendo algunas oscilaciones, no haya variado prácticamente, con un 48 por 100 de activos y un 52 por 100 de inactivos, poco más o menos. Ahora, sin embargo, y como veremos enseguida, las cosas están cambiando a favor de una mayor tasa de actividad.

Por lo que se refiere al mercado de trabajo, bueno será recordar que los datos que aquí puedan acarrear darán sólo una pálida imagen de su dinámica: a dicho mercado están entrando constantemente quienes cumplen 16 años y no pasan a las fases no obligatorias del sistema educativo, quienes han permanecido un tiempo en ellas y se incorporan a la actividad con mayor edad, las amas de casa que deciden trabajar, y los inmigrantes, ubicándose unos y otros en la ocupación o en el paro, según les vaya. Dentro de la población activa, por su parte, entre ocupados y parados hay una corriente permanente en ambas direcciones: ocupados que pierden su trabajo y van al paro, o parados que consiguen un puesto de trabajo. Y ello sin olvidar que el elenco de puestos de trabajo no es fijo, sino que cambia constantemente: crece o disminuye (se crean y se destruyen puestos de trabajo todo el tiempo, con el correspondiente saldo positivo o negativo resultante), y crecen o disminuyen relativamente los contratos indefinidos o temporales, a tiempo completo o parcial. Por último, están constantemente saliendo del mercado de trabajo quienes fallecen o se jubilan (o «se desaniman»), las mujeres que deciden volver a ser amas de casa, o quienes optan por volver a ser estudiantes. Y, claro está, con frecuencia se desempeñan simultáneamente varios de estos papeles (cualquiera que sea el reflejo estadístico de tal situación): un ejemplo característico es el de los estudiantes que trabajan. De toda esta población sólo puede decirse que sean estables los ocupados con contrato indefinido y los parados de larga duración: el resto entra y sale, cambia de situación o de contrato, recibe y pierde subsidios, causa altas y bajas en la seguridad social, etcétera. En resumen: si hay algún ámbito social movedizo, incluso trepidante, es el mercado de trabajo, aunque a veces pueda parecer que las magnitudes que lo describen se han quedado inmovilizadas temporalmente en determinados porcentajes.

El número total de ocupados ha sufrido oscilaciones notables: en 1985 había, en números redondos, un millón de puestos de trabajo menos que quince años antes (el número de ocupados descendió desde once millones y medio en 1970 a menos de diez millones y medio en 1985). La cifra absoluta de ocupados sólo recuperó el nivel de 1970 en 1987, y en la segunda mitad de 1991 se llegó a alcanzar un total de ocupados superior a los doce millones y medio, siendo en 2001 casi dieciséis millones. No es del caso discutir aquí el detalle de las cifras transcritas, pero sí hay que destacar que el fenómeno de la destrucción de empleo sacudió brutalmente la estructura social española con una violencia desconocida en los países comparables (como ha sido igualmente turbulenta la creación de puestos de trabajo en la recuperación económica: dos millones netos en poco más de cinco años). Y no me parece ocioso recordar que la aparente explosión del paro en la segunda mitad de los setenta respondía a un fenómeno secularmente latente que fue sacado a la luz de improviso por la crisis económica: el cierre de los mercados de trabajo exteriores y el retorno de la gran mayoría de los emigrantes en los países europeos puso de manifiesto el volumen de paro que soportaba (y exportaba) el país. Insistiré inmediatamente en que no se trata de que se produjera paro donde antes no lo había, sino de que el paro estructural se hizo bruscamente visible, agravado hasta el extremo por la masiva destrucción de empleo provocada por la crisis económica. No puede quizás hablarse aquí de «terremoto», pero sí de *desengaño*: aunque cualquier imagen se queda pequeña a la hora de nombrar una situación tan difícil como la padecida durante esos años, y en la que la sociedad española sobrevivió gracias a que, por un lado, subsidiaba a algo más de la mitad de los desempleados y, por otro, a consecuencia de que la mayoría de los jóvenes que buscaban su primer empleo y de las mujeres casadas que buscaban empleo (trabajaran o no anteriormente) estaban «subsidiados» por sus familias (lo que sigue sucediendo hoy en día).

Pues bien, veamos algunos indicadores básicos para la última década:

TABLA 3

Algunos indicadores del mercado de trabajo

Años	Población >16 años (miles)	Tasa % de actividad	Tasa % de ocupación	Tasa % de paro
1993	31.272	49	38	23
1995	31.880	49	38	23
1997	32.345	50	40	21
1999	32.696	50	42	16
2001	32.927	51	45	13

FUENTE: *Síntesis de Indicadores Económicos*, diciembre 2001, Ministerio de Economía.

Salta a la vista que en los años finales del siglo XX la población mayor de 16 años aumenta en un millón y medio de personas, pese a que el descenso de la natalidad posterior a 1976 afecta ya a la cohorte de 1993: la razón (aparte del mayor número de personas mayores de 65 años que va habiendo) es que en dicho aumento están ya presentes los inmigrantes, que contribuyen a compensar la disminución del número de quienes se incorporan al mercado de trabajo tras cumplir la edad legal o concluir sus estudios en los tramos no obligatorios del sistema educativo: obsérvese que no hay ningún descenso en las tasas de actividad (que expresan la relación entre los activos —total de ocupados y parados— y la población mayor de 16 años) ni en las de ocupación (que expresan la relación entre los ocupados y la población mayor de 16 años), y sí en las de paro (que relacionan, en cambio, los parados con la población activa)². Pues bien, la compensación que procede de los inmigrantes no se limita al nivel de la fuerza de trabajo no cualificada, sino que, como ha puesto de relieve Antonio Izquierdo, se desenvuelve (o puede hacerlo) a través de los distintos niveles de entrada al mercado de trabajo, ya que constituyen «una minoría bastante selecta [...]: un 13% han acabado los estudios universitarios, un 34% completaron los secundarios, el 25% terminó la enseñanza primaria y el resto (28%) están por debajo», lo que no quiere decir que logren con facilidad un trabajo adecuado a su formación (cf. Izquierdo, 2001: 235; datos del CIS para los solicitantes de regularización).

Los tres indicadores del mercado de trabajo presentados en la tabla 3 bajo forma de tasas muestran rasgos extremadamente interesantes y llamativos. Por lo que hace a la tasa de actividad, crece dos puntos durante los años considerados, poniendo de manifiesto que los activos y los inactivos llegan a estar prácticamente en igual proporción, con una ligera ventaja para los activos: quienes trabajan o buscan trabajo son ya más que el conjunto de los jubilados, las amas de casa y los que estudian en las fases no obligatorias del sistema educativo. No creo que sea necesario destacar la importancia de estas cifras: es la primera vez que suceden en la sociedad española, implican —una vez más— un logro de la modernidad, y elevan a más de dieciséis millones el número de trabajadores dados de alta en la Seguridad Social.

Pero veamos también las tasas de variación anual de estas magnitudes, que permiten apreciar, sobre todo, el final en 1994 de la fase adversa del ciclo, y la continuidad con que se desarrolla la nueva fase favorable a partir de 1995 (que se mantiene hasta 2001):

² Cada vez es más corriente calcular las tasas de actividad y de ocupación sobre las personas en edad de trabajar (16-65 años) y no sobre toda la población mayor de 16 años, pero he preferido reproducir ambas tasas como las calcula el Ministerio de Economía en la fuente utilizada.

TABLA 4

Variación anual (en porcentajes) de los indicadores

<i>Años</i>	<i>Población >16 años</i>	<i>Tasa de actividad</i>	<i>Tasa de ocupación</i>	<i>Tasa de paro</i>
1993	0,9	0,1	-2,1	4,3
1995	1,0	0,0	0,6	-1,2
1997	0,7	0,2	0,9	-1,4
1999	0,5	0,2	1,7	-2,9
2001	0,3	0,2	0,8	-1,6

FUENTE: Como en la tabla 3.

La tasa de ocupación crece en estos años rápidamente: el número de puestos de trabajo sube de menos de doce millones a casi quince millones, esto es, se crean casi tres millones de empleos, y ello pese a que se parte de una crisis muy fuerte, que hace a la tasa de variación de 1993 ser negativa respecto de 1992 (como lo es también la de 1994, no incluida en la tabla, respecto a 1993). Correlativamente, la tasa de paro desciende en diez puntos durante el período considerado, pasando del 23 al 13 por 100 (lo que significa que el número de parados ha bajado de casi tres millones y medio a poco más de dos millones: un millón largo de parados menos), y ello con constantes tasas de variación negativas, y arrancando también aquí de una mala situación: en 1993 creció el paro un 4,3 por 100 respecto de 1992 (y en 1994 un 1,4 por 100 respecto de 1993).

Dejando de lado la cuestión de las diferencias en el cálculo de los parados que se dan entre el Censo, la Encuesta de Población Activa y el registro del INEM, así como la discusión de los criterios de la EPA para la definición de los parados, en este momento quisiera insistir en algo que ya señalé más arriba: que hacia 1970 la tasa de paro (relación entre parados y población activa) era poco más del uno por ciento, de suerte que en el Censo de ese año la categoría de parados ni siquiera apareció como tal (ya que los que habían trabajado con anterioridad fueron clasificados en su última profesión u oficio, y los que nunca lo habían hecho se incluyeron en un apartado residual con los ocupados cuya situación profesional se desconocía o no estaba claramente descrita). Decir, sin embargo, que «entonces no había paro» implica ignorar que el que había, y con un volumen muy importante, estaba exportado casi en su totalidad fuera del país. El paro es, por desdicha, una condición estructural de nuestra economía, que nunca ha podido dar trabajo a todos los que lo han demandado (ni incluso ahora, al menos sin hacer esperar mucho a los jóvenes, sin precariedad, y sin obstáculos para las mujeres). La situación de 1970 era, pues, la de invisibilidad estadística del fenómeno, lo que, tras el retorno de buena

parte de los emigrados a causa del impacto de la crisis internacional de los primeros setenta, contrasta con los años posteriores: en el Censo de 1981 la tasa de paro supera ya el 16 por 100 con más de dos millones de parados, en 1985 está casi en el 22 por 100 con unos tres millones, y en 1991 había vuelto a la cifra de diez años antes, descendiendo a poco más del 16 por 100, lo que no llega a los dos millones y medio de parados; en el año 2001 está en unos dos millones (o millón y medio si se atiende al paro registrado).

Pues bien, pese al crecimiento de la población mayor de 16 años que recoge la tabla 3 (que podía hacer temer un incremento del paro), el comportamiento del mercado de trabajo ha sido excelente durante la última década: la ocupación ha conseguido absorber dicho crecimiento y, a la vez, ha provisto de puestos de trabajo a un muy significativo número de parados, con lo que la tasa de ocupación ha crecido del 38 al 45 por 100, reduciéndose la de paro del 23 al 13 por 100. Pues bien, el hecho de que en diez años la sociedad española haya sido capaz de crear casi tres millones de puestos de trabajo nuevos, llegando al número de ocupados más grande de su historia, me parece un fenómeno cuya importancia cuantitativa y cualitativa es extraordinaria para uno de los puntos críticos de la estructura social española: si las cosas siguieran así (lo que en el año 2002 no parece probable), esto es, con aumentos de la tasa de ocupación que implicasen disminución de la tasa de paro y aumento de la ocupación femenina, así como una razonable absorción de inmigrantes, podríamos pensar que esa incapacidad histórica de nuestro país para dar trabajo a todos sus hijos estaría desapareciendo. Pero dejemos eso ahora, y vayamos a algunos aspectos particulares del mercado de trabajo.

Desde 1992 al final de 2001 aumentan los asalariados, tanto en porcentaje de los ocupados (del 73 al 80 por 100) como en números absolutos. Esto implica que disminuyen los trabajadores autónomos, los cooperativistas y la ayuda familiar; pero no disminuyen, sino que aumentan, los empleadores, incluso en números absolutos. En estos años se produce, pues, un avance de la organización burocrático-empresarial de la producción, con más empresarios y más asalariados en perjuicio de otras formas de presencia en el mercado de trabajo. En ese incremento absoluto y relativo de los asalariados destaca, a su vez, el aumento de quienes tienen un contrato de jornada parcial, que pasan de representar en 1993 el 6,7 por 100 del total a ser en 2001 el 9 por 100. Pero, en cambio, la contratación temporal no gana terreno en estos años: la proporción de asalariados que gozan de un contrato de duración indefinida era del 68 por 100 del total en 1993, y al final del período considerado se mantiene el mismo porcentaje (con el lógico crecimiento de su valor absoluto); no hay aquí, pues, progresión de la precariedad del empleo, por más que un 32 por 100 de contratos temporales deba calificarse de excesivo: pero, al menos, no crece. Sin embargo, y según datos del Ministerio de Trabajo, no llega al 20 por 100 la proporción de trabajadores asalariados que tienen una norma temporal aceptable (contrato por tiempo indefinido, jornada completa, horario fijo, y sin tener que ir a trabajar en fines de semana).

Paradójicamente, una consecuencia esperable de la fase expansiva del ciclo es el incremento del paro femenino: su proporción pasa del 47 al 58 por 100 del total de los parados, confirmando la previsión de que «cuanto mejor, peor»: una coyuntura favorable para el empleo hace que muchas amas de casa de tramos de edad intermedios o relativamente altos se incorporen o reincorporen al mercado de trabajo sin lograr por ello ocupación, sino engrosando las cifras del paro; así seguirá ocurriendo en tanto exista una tasa de actividad femenina visiblemente baja.

E) EL MUNDO DE LOS INACTIVOS

Por lo que respecta al mundo de los inactivos, el extraordinario crecimiento del número de los jubilados e incapacitados es impresionante: en el Censo de 1970 eran poco más de dos millones, con lo que suponían el 17 por 100 del total de inactivos, mientras que en el 2000 la EPA mostraba que eran ya más de seis millones y medio: el porcentaje de variación en treinta años había sido ¡más del doscientos por ciento!, y suponían nada menos que el 42 por 100 del total de inactivos. Que cambios de tal magnitud sucedan en lo que para este tipo de procesos es tan poco tiempo resulta, sin exageración alguna, asombroso, además de acarrear las graves consecuencias económicas, sanitarias y sociales de todos conocidas.

Pero no acaban aquí las cosas. Otro contingente «pesado» entre los inactivos es el constituido por los estudiantes, esto es, por quienes habiendo cumplido la edad legal de entrada al mercado de trabajo prolongan su estancia en los tramos no obligatorios del sistema educativo: no se habla aquí, pues, de los escolares menores de 16 años. Pues bien, en 1970 no llegaban a 850.000 los estudiantes españoles, suponiendo el 6,7 por 100 del total de inactivos, en tanto que en el 2000 son ya 2.871.000 (de nuevo hay que escribir entre admiraciones el porcentaje de variación en los treinta años transcurridos: ¡el 237 por 100!), constituyendo el 18 por 100 de los inactivos computados por la EPA. En resumidas cuentas, entre 1970 y 2000 el número de estudiantes se ha más que triplicado, aumentando en una media de casi 70.000 cada año, o unos 350.000 cada cinco años: causa admiración que el sistema educativo español haya podido asimilar tal y tan rápido crecimiento, tal «terremoto», sin derrumbarse.

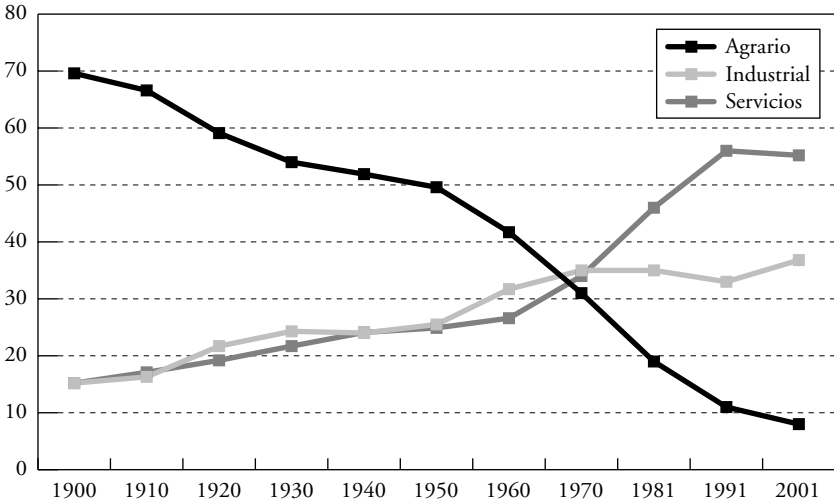
Por último, es también excepcional lo sucedido con la más voluminosa categoría de inactivos, la de las amas de casa: siendo más de nueve millones en 1970 (el 71 por 100 de los inactivos), en el 2000 eran tan solo poco más de cinco millones (el 32 por 100 de los inactivos), lo que supone que se han reducido casi a la mitad. Aunque no utilice ahora signos de admiración, puede perfectamente argumentarse que tal descenso en sólo tres decenios de quienes se ocupan de «sus labores» expresa un cambio social extraordinario para la socie-

dad española, cambio que está teniendo importantísimas consecuencias demográficas, familiares, económicas y culturales. La incorporación de las mujeres casadas al mercado de trabajo con el carácter masivo que los datos revelan supone, claro es, una verdadera sacudida geológica para la estructura social española: un proceso que si bien fue lento en sus comienzos ha mostrado una inercia poco sensible a la crisis, de suerte que en años tan poco favorables para el ingreso en la población activa como los que van de 1981 a 1985 no sólo no se interrumpe, sino que se incrementa, y será tanto mayor cuanto mejor sea la coyuntura del empleo, con lo que contribuirá a que la cifra total de parados tienda a una cierta rigidez.

F) LA OCUPACIÓN POR SECTORES DE ACTIVIDAD

Habrà que aludir, por último, a otra decisiva y rápida transformación de la sociedad española, que, como muchas de las anteriores, no hay por qué suponer agotada todavía: me refiero a la distribución de la población activa entre los tres clásicos sectores productivos. Pues bien, pasada en nuestro país la época de predominio ocupacional de la agricultura, que se prolonga hasta los primeros años sesenta, era el sector industrial el que en 1970 concentraba el mayor porcentaje de activos con el 35 por 100, siguiéndole de cerca los servicios con el 34 por 100; veinte años más tarde, en 1991, la industria ocupa ya sólo al 33 por 100, mientras que los servicios han crecido hasta el punto de reunir al 56 por 100 de los activos. Por su parte, el sector agrícola ocupaba todavía en 1970 a un 31 por 100 de la población activa, mientras que en 1991 ha logrado ya situarse en un razonable 11 por 100. Tiene interés constatar que, pese al duro freno para la emigración y para el desarrollo rural que supuso la crisis económica de los setenta y primeros ochenta, la racionalización agraria ha seguido progresando, hasta el punto de que sus activos se han reducido en sólo veinte años de la cuarta a la décima parte del total de activos, sin merma de la producción. En esos años fue, en cambio, muy negativa la caída de los activos industriales, que expresaba la destrucción neta de empleo provocada por la crisis y la subsiguiente e insuficiente reconversión. Por su parte, el rápido y sostenido crecimiento de los servicios era esperable a la vista de la pauta «postindustrial» que ha venido caracterizando a otros países avanzados, con lo que ya nadie piensa con prevención en una economía con notorio predominio de la población activa en el terciario. Véase una representación gráfica de los datos:

CUADRO 3

Porcentajes de activos por sectores

Pues bien, las tendencias descritas han continuado hasta el final del siglo: manejando ahora otros datos, los de la distribución por sectores de los ocupados (no de toda la población activa), y diferenciando el subsector de la construcción de la industria propiamente dicha, resulta que los ocupados agrarios han seguido disminuyendo (y lo seguirán haciendo, aunque sólo sea por el hecho de que se trata de una población muy envejecida); la proporción de población ocupada en la industria se ha reducido algo, pero parece haberse estabilizado en un porcentaje próximo al 30 por 100 (junto con la construcción); los servicios, por último, han puesto de manifiesto su capacidad de crecimiento (y su fuerte componente de mano de obra femenina). Véanse los datos:

TABLA 5

Ocupación por sectores de actividad (en porcentajes)

Año	Total	Agraria	Industria	Construcción	Servicios
1993	100	9	19	9	63
1995	100	8	19	9	64
1997	100	8	19	9	64
1999	100	7	19	10	64
2001	100	7	19	10	64

FUENTE: Como en la tabla 3.

Las cifras son palmariamente claras, señalando a lo largo de la década una distribución de la población ocupada en la que es rotundo el predominio de los servicios, y un sector primario que no sólo absorbe poca fuerza de trabajo, sino que, además, está en lento declive. La estabilidad de la proporción de trabajadores ocupados en la industria llama la atención, y el sector de la construcción muestra con su solidez y su suave crecimiento la presencia de una coyuntura favorable al final de los años considerados. En todo caso, el que la agricultura absorba a menos del 10 por 100 de la población ocupada, el conjunto de la industria y la construcción a menos de un tercio, y el sector servicios prácticamente a dos tercios, es una distribución de la ocupación decididamente postindustrial, que estaría manifestando el fin de las grandes transformaciones en este ámbito de la estructura social (sin perjuicio de que se sigan produciendo pequeños ajustes, sobre todo en perjuicio del sector primario y en beneficio del terciario). Pero la aparente estabilidad de las cifras transcritas es engañosa: bajo ellas late la presión de la coyuntura, que afecta de manera muy diferente a cada sector. Véanse las tasas de variación anual en el total de la población ocupada y en la ocupada en cada sector:

TABLA 6

Tasas de variación anual de la ocupación (en porcentajes)

<i>Año</i>	<i>Total</i>	<i>Agraria</i>	<i>Industria</i>	<i>Construcción</i>	<i>Servicios</i>
1993	-2,8	-5,1	-5,3	-8,9	-0,8
1995	1,9	-4,5	1,6	5,7	2,3
1997	2,9	0,5	4,1	4,0	2,7
1999	3,6	-3,1	2,6	10,2	3,8
2001	2,3	0,3	1,6	5,5	2,2

Fuente: Como en la tabla 3.

Por lo que se refiere al total de la población ocupada, el año 1993 muestra todavía el impacto de la crisis: respecto de 1992 hay nada menos que un descenso de casi el 3 por 100 en el total de ocupados. En 1994 aún se destruyó algún empleo (los datos no se han incluido en la tabla), pero ya en 1995 el crecimiento del empleo es claro, y sigue con fuerza hasta el año 2000, en donde comienza una reducción del crecimiento. Pues bien, en el seno de cada sector los cambios son mucho más acusados: el primario pierde puestos de trabajo, no solamente como consecuencia de la crisis, sino de la prosperidad; véase cómo en 1999 sufre una fuerte erosión, en beneficio sin duda de la construcción, que viaja por su parte a lomos de la ola favorable. Por lo que se refiere a la industria, presentaba a lo largo de toda la década, como hemos visto, una proporción estable de la población ocupada, pero ese 19 por 100 relativo es el

resultado de ampliaciones y reducciones permanentes del volumen de sus puestos de trabajo, sujetos a una suerte de ducha escocesa, con pérdidas incluso en el tramo favorable del ciclo. A su vez, la construcción constituye, como es sabido, un termómetro de las oscilaciones de la coyuntura: al final de la fase desfavorable perdía casi un 10 por 100 anual de ocupados y, en cambio, en 1999 estaba ganando también más de un 10 por 100: que ambas cosas sucedan en un lapso de diez años, y que tengan tal volumen, obliga a apelar de nuevo a la conmoción geológica. Los servicios, por último, alguna ocupación pierden en la crisis, aunque menos del 1 por 100 (en 1993); en el resto de la década mantienen un crecimiento moderado y constante (sin alteraciones estacionales dignas de mención, contra lo que cabía esperar de algunos de ellos), lo que seguramente pone de manifiesto una solidez que antaño no se atribuía al terciarismo.

En resumidas cuentas, si la distribución de la ocupación por sectores de actividad a lo largo de la segunda mitad del siglo XX muestra unos cambios impresionantes por su volumen y su rapidez, que ponen de manifiesto el doble proceso de desarrollo económico y de cambio social que comporta la incorporación española a la modernidad, en la última década del siglo han desaparecido ya tales turbulencias en el perfil relativo de la distribución: la agricultura sigue reduciendo su población ocupada (e incrementando su productividad), en la industria ha acabado la destrucción de empleo y se mantiene estable su participación porcentual en la ocupación, la construcción se beneficia de la prosperidad, y los servicios consolidan su total predominio. Pero, no obstante esta imagen estable de la década 1992-2001, la variación anual del empleo dentro de cada sector sigue manifestando turbulencias: esperables en la construcción, tan sensible al ciclo, y hasta cierto punto en la agricultura, que aún absorbe un exceso de mano de obra y que está sujeta a cambios técnicos de cierta importancia. Pero la variación anual del empleo en la industria en los años considerados es, sin duda, mayor de lo que cabía esperar y, aunque la población que ocupa crece desde 1995, está lejos de mostrar un perfil estable.

G) PARA CONCLUIR

Pese a la manoseada crisis del Estado de bienestar y a la audiencia de que gozan hoy los valores neoliberales, es claro que la política social en favor de jubilados y parados, así como los servicios de salud, educación, vivienda, etcétera, han de esforzarse en asumir las mayores demandas provocadas por las tendencias de cambio social a que apuntan los fenómenos a los que me he venido refiriendo. Pero aunque no logren ocupación o subsidio todos los desempleados, aunque las pensiones de jubilación y la atención sanitaria y social a los ancianos no sean plenamente satisfactorias, aunque no todos los que quisieran estudiar puedan hacerlo con la calidad requerida, aunque no todas las mujeres que lo deseen puedan dejar la condición de amas de casa y encontrar un traba-

jo adecuado a sus capacidades, aunque no siempre los inmigrantes vean satisfechas sus expectativas laborales o sociales, es claro, sin embargo, que *la sociedad española es ya otra*, en el sentido de haber cruzado definitiva e irreversiblemente el umbral de la convergencia con Europa (o como se quiera llamar al fenómeno), al menos en el plano demográfico, el más básico de su estructura: lo que es, sin duda, un fenómeno crucial para nuestra historia social, esto es, para nuestra historia.

REFERENCIAS Y BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- ARANGO, Joaquín (1987): «La modernización demográfica de la sociedad española», en J. Nadal *et al.* (eds.), *La economía española en el siglo XX*, Ariel, Barcelona.
- BELTRÁN, Miguel (1992): «Terremotos en los cimientos de la estructura social española», en C. Moya *et al.* (comps.), *Escritos de Teoría Sociológica en Homenaje a Luis Rodríguez Zúñiga*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- CABRÉ, A.; DOMINGO, A., y MENACHO, T. (2002): «Demografía y crecimiento de la población española durante el siglo XX», *Mediterráneo Económico*, n.º 1, monográfico sobre «Procesos migratorios, economía y personas», coord. por M. Pimentel.
- DE MIGUEL, Amando (1982): *Diez errores sobre la población española*, Tecnos, Madrid.
- DE MIGUEL, Jesús (1980): «Sociología de la población y control de la natalidad en España», *REIS*, n.º 10, abril-junio.
- DEL CAMPO, Salustiano (1972): *Análisis de la población de España*, Ariel, Barcelona.
- DEL CAMPO, S., y NAVARRO LÓPEZ, M. (1987): *Nuevo análisis de la población española*, Ariel, Barcelona.
- DÍEZ NICOLÁS, Juan (1971): «La transición demográfica en España, 1900-1960», *Revista de Estudios Sociales*, n.º 1, enero-abril.
- (1990): «La población española», en S. Giner (ed.), *España. Sociedad y política*, Espasa Calpe, Madrid.
- GARCÍA BARBANCHO, Alfonso (1982): *Población, empleo y paro*, Pirámide, Madrid.
- IZQUIERDO ESCRIBANO, Antonio (2001): «Inmigración y envejecimiento: unas relaciones complejas», en VV.AA., *Estructura y cambio social. Homenaje a Salustiano del Campo*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- (2002): «La educación invisible», en VV.AA., *La sociedad: teoría e investigación empírica. Estudios en homenaje a José Jiménez Blanco*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- LINZ, Juan J. (1984): «La sociedad española. Pasado, presente y futuro», en Juan J. Linz (ed.), *La sociedad*, vol. 1, *España: un presente para el futuro*, Instituto de Estudios Económicos, Madrid.
- MEIL LANDWERLIN, Gerardo (1999): *La población española*, Acento, Madrid.
- MIGUÉLEZ, Faustino, y PRIETO, Carlos (eds.) (1999): *Las relaciones de empleo en España*, Siglo XXI, Madrid.
- PÉREZ MOREDA, Vicente (2001): «La modernización demográfica», en Antonio Morales Moya (coord.), *La modernización social*, Ed. España Nuevo Milenio, Madrid.
- PÉREZ ORTIZ, Lourdes (1998): *Las necesidades de las personas mayores: vejez, economía y sociedad*, Ministerio de Trabajo, Madrid.
- POPULATION REFERENCE BUREAU (2001): *2001 World Population Data Sheet*, PRB, Washington.
- PRIETO, Carlos (ed.) (1994): *Los trabajadores y sus condiciones de trabajo*, HOAC, Madrid.
- PUYOL, Rafael (2001): «Desnatalidad, envejecimiento e inmigración: las claves del futuro de la población española», en Antonio Morales Moya (coord.), *La modernización social*, Ed. España Nuevo Milenio, Madrid.

- TOHARIA, José Juan (1989): *La mitad de la explosión. La población española en perspectiva comparada*, Fundación Banco Exterior, Madrid.
- (1991): «La situación demográfica: principales rasgos y pautas», en J. Vidal-Beneyto (ed.) y M. Beltrán (coord.), *España a debate*, vol. II, *La sociedad*, Tecnos, Madrid.

ABSTRACT

The changes suffered by the demographyc dimension of spanish social structure in the last quarter of century are presented here as «earthquakes», in order to underline its intensity, speediness and turbulence. From the fall of birth rate to the increment of people in the services, the characteristics of population that are relevants to the social system are nowadays similar to the european demographyc patterns.